

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 42.—BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1915



Una fotografía histórica: el «canciller de hierro», príncipe de Bismarck, asistiendo a una revista militar; a su derecha, a pie, el Kaiser, y en el centro, el príncipe imperial, niño a la sazón

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La paciencia.—II. Un grave peligro para los neutrales.—III. El aviso.—IV. La paz se ha alejado

### I.—La paciencia

El fácil ataque de los aliados contra los viejos fuertes de la boca de los Dardanelos, fué el reclamo que les sirvió para inducir a Grecia, Italia y los demás pueblos balcánicos a la guerra. Era el espejuelo que se les presentaba para que no tardasen en desaprovechar la ocasión y se alistasen en las banderas de los franco-ingleses.

Grecia, conocedora, como acaso ninguna otra potencia, de la verdadera situación de Turquía y de las dificultades de la empresa que tan alegremente emprendían los aliados, se salió del palenque al que le querían atraer, mediante aquella habilísima crisis de Venizelos, de acuerdo con el rey. Y ahora no se arrepiente; tiempo queda para adoptar el partido definitivo, porque las cosas no van tan deprisa ni tan a gusto como a los aliados conviene.

La misma conducta observó Rumanía, y por de contado Bulgaria.

Las tres naciones debieron hacerse la misma reflexión. Si el porvenir de los pueblos balcánicos

está en apoyar inmediatamente a los ingleses y empuñar las armas sin pérdida de tiempo, ¿por qué se tolera a Serbia, más interesada y más de cerca, que siga a la expectativa, sin acometer a los austriacos y reponiéndose tranquilamente de los quebrantos de la guerra? ¿Vamos, por ventura, a destrozarnos contra un enemigo que aún no agoniza, para quedar luego a merced de los vencedores por una parte y de los serbios, envalentonados y apoyados por Rusia, por otra?

El caso de Italia lo hemos venido exponiendo repetidamente. Deja que le ofrezcan ventajas y compensaciones unos y otros, y como mujer coqueta no se decide por nadie. No se ha ocultado a ningún italiano que si su país hubiera intervenido, a estas horas algunos acorazados suyos, en vez de otros tantos británicos, estarían bajo las aguas del estrecho de los Dardanelos. ¿A qué tanta prisa para perder la fuerza, único argumento que ha de sostener las pretensiones italianas cuando el caso llegue?

Los cañonazos disparados en la boca del estrecho, fueron el toque de rebato con que Francia y la



Gran Bretaña quisieron atraer a los citados pueblos. Pero la diplomacia italiana, como la búlgara, la griega, la rumana y la misma serbia, se ha distinguido siempre por la paciencia, ha tenido la virtud de saber esperar, y no iba a fallar esta vez la inveterada norma de costumbre sólo porque a los aliados convenga otra cosa. No se han percatado éstos todavía de que en el mundo hay mucha gente que piensa y medita; creen que sus intereses lo son de toda la humanidad, que sus conveniencias son universales y que no hay más objetivos mundiales ni nacionales que los británicos y franceses. Cayeron los belgas, mejor dicho, sus gobernantes, en la red, pero los demás pueblos no son tan inocentes y cándidos.

Procuren Francia e Inglaterra derrotar a Alemania; si lo consiguen, no les faltarán aliados, que, naturalmente, obrarán en beneficio propio, pero si pierden las batallas no atraerán a nadie con artículos de periódico ni con media docena de frases hechas. Europa no ha olvidado todavía, ni podrá olvidar nunca, la sangre y los disgustos y las catástrofes que padeció por culpa de los derechos del hombre, y de la democracia y de la igualdad y de la libertad francesas, que terminaron en forma de tiranía, pasando por los horrores del terror. Si ingleses y franceses quieren repetir, y así parece, la aventura, muy dueños son de hacerlo, pero dejen en paz a los demás, que no necesitan mentores ni padrinos, aunque a los aliados, con su soberbia, les parezca lo contrario.

La paciencia y la previsión, no aquella sólo, han de caracterizar la diplomacia de los neutrales, en tanto no se despeje algo más la situación.

## II.—Un grave peligro para los neutrales

Así como Alemania cuidó mucho de no llamar a las armas a todos aquellos reservistas que pudieran ser útiles a la patria al frente de fábricas, industrias, negocios y explotaciones cuyos servicios fueran necesarios al país, Francia, ansiosa de aumentar el número de sus soldados, no hizo más excepciones que las disfrazadas debidas a motivos de orden personal y político. Como consecuencia de ello, muchas fábricas e industrias han tenido que paralizarse, no precisamente por la falta de obreros—pues muchos de ellos tienen más de cincuenta años y buena parte de la mano de obra está a cargo de mujeres—sino por la falta de capataces, maestros de taller, contramaestres, etc., es decir, de personas cuya competencia y conocimientos no se improvisan y sin las cuales no es posible la continuación de ninguna poderosa industria.

Para remediar esta crisis, que ha llegado a notarse en las mismas manufacturas militares y del Estado, los franceses han acudido al remedio más sencillo y más indicado: contratar a personal extranjero, de los países neutrales. Poco a poco, atraídos por los grandes salarios y por deslumbradoras promesas, van afluyendo a Francia los especialistas, y, como es lógico, se resienten las industrias de los países neutrales en la misma medida que salen favorecidas las francesas.

Más importante es este punto que la exportación de primeras materias y de artículos de consumo, porque el mal creado es de efectos más prolongados y ha de repercutir sobre la economía nacional du-

rante muchos años. Y acaso la necesidad obligue a crear un nuevo aspecto del derecho internacional: la prohibición de emigrar los obreros que posean determinadas condiciones y conocimientos, viniendo así a equipararse las personas a un artículo de exportación como otro cualquiera. De una manera o de otra, este asunto merece que fijen en él la atención los gobiernos de los países neutrales.

## III.—El aviso

No otra cosa ha sido el bombardeo de París y de los pueblos de sus alrededores por los zeppelines alemanes. El aviso va dirigido a Inglaterra y no a Francia. El bombardeo de las costas inglesas en diciembre pasado tuvo consecuencias infinitamente más graves de lo que Inglaterra confesó en los primeros momentos. La tentativa de los zeppelines efectuada poco después a lo largo del litoral, tuvo el carácter de un reconocimiento más que de un ataque. Pero ahora en París se ha visto que aquellos monstruos del aire evolucionan con una facilidad y marchan con una velocidad que no se sospechaba, y que les hace aptos para empresas de mayor vuelo.

Los habitantes de París están acostumbrados a la guerra. Recuerdan los ancianos los horrores del sitio de hace cuarenta y cuatro años, y los desmanes violentos de la Comune.

A primeros de septiembre último, desde la capital se oía claramente el ruido del cañoneo, y la entrada y salida de fuerzas, el desfile de convoyes y heridos, puso a la capital en la situación de una plaza enclavada en la línea de combate. Posteriormente, las visitas de los taubes y dirigibles han menudeado más de lo que deseaban los franceses, y ya nadie en París se hace la ilusión de verse libre de las desgracias de la guerra y de sus mortíferas y fatales consecuencias.

Pero Londres y las grandes ciudades inglesas no están en el mismo caso. Jamás han oído un disparo de guerra. Para ellas, el ejército y los elementos militares eran algo exótico, propio sólo para dominar a los indios, egipcios, africanos y demás coloniales, pero inútil para la seguridad de la metrópoli. El sentimiento de la confianza en su privilegiada situación geográfica y en la fuerza y potencia de su marina ha tenido apartados a los ingleses, durante un siglo, de la realidad brutal de los hechos de guerra. Por esto es ahora más terrible el despertar, y cualquier pequeño incidente que apenas conmueve a nadie en el N. de Francia o en Bélgica o en Polonia o en Galizia, tiene para los ingleses una trascendencia inmensa.

Primero con el bloqueo marítimo efectuado por los submarinos, y luego con el aviso de que acaso muy pronto una escuadra de aviones y dirigibles llevarán la muerte, el espanto y la desolación a la moderna Babilonia, los alemanes van restando impulsos guerreros a la población civil, digan lo que quieran los periódicos, sin sentir lo que escriben, y pese a las jactancias y bravatas de los hombres públicos.

La confianza en la escuadra se va perdiendo poco a poco. La superioridad naval sólo ha servido para echar a pique barcos enemigos aislados y de escaso valor o para derrotar una débil división atacándola



con fuerzas triples y aprovechando la ventaja de hallarse el adversario muy lejos de sus bases y aislado y sin socorro en mares lejanos. El desastre de los Dardanelos no ha sido menos elocuente. Si los aliados pasan el estrecho, será porque se acaben las municiones a los turcos, pero no por la pujanza de los acorazados. El peligro de Egipto continúa latente, porque los cuerpos turcos permanecen estacionados a cuatro jornadas de marcha del canal; ¡si por lo menos comenzara pronto el calor y se hiciera imposible el paso por el desierto! claman los ingleses.

#### IV.—La paz se ha alejado

No es de extrañar, pues, que la opinión pública inglesa haya reaccionado y se incline abiertamente a la paz. Comienza a hacer justicia a los alemanes y reconoce en el ejército enemigo unas cualidades que le negó persistentemente durante muchos años, sugestionada por las campañas insensatas y perturbadoras de parte de su prensa. Aquella arraigada creencia de que Inglaterra podría mirar de lejos los peligros, sin que le alcanzaran las salpicaduras, y que sólo reportaría ventajas de los choques mundiales, se ha desvanecido para siempre. ¡Es mucho enemigo Alemania! no se recata ya nadie de decir en la Gran Bretaña. Y las corrientes favorables a la paz se van haciendo más firmes.

Pero ahora, por desgracia, es Alemania quien no la quiere. Hubiera transigido con ella a principios de febrero, después de sus victorias contra los rusos y del fracaso de la ofensiva francesa. Rusia se mostró vacilante, pero el partido de la guerra, el acaudillado por el gran duque, no quiso ceder. Los directores de la opinión en Francia, tal vez temiendo la rendición de cuentas a que serán llamados cuando la guerra concluya, han pospuesto sus propios intereses a los británicos, y ni oír quisieron los buenos consejos de algunos neutrales. Tal vez interpretaron la actitud conciliadora de Alemania como indicio de debilidad, y quisieron explotarla. Fracasó la tentativa.

El bloqueo marítimo de Inglaterra y el ataque a los Dardanelos han mejorado la posición de Alemania, y ella es ahora la que no quiere tratar siquiera con los ingleses. Si parte de las escuadras aliadas se estrellan y destruyen contra Turquía, si algunos centenares de miles de franceses y británicos marchan al oriente de Europa, si el incendio llega a estallar en Asia y obliga a los aliados a no desatenderlo, ¿por qué desaprovechar esta ocasión? Alemania tiene sus fuerzas concentradas en las dos fronteras, y Francia e Inglaterra han cometido la torpeza de repartirlas en Europa y en Asia, pretendiendo abrazar toda Europa entre sus garras.

He aquí cómo la desatentada ambición británica, la ceguera de Francia, el orgullo humano que ha llevado a creer factible en pocos días la empresa, detenida durante siglos, de aplastar definitivamente a los turcos, han barrido las nubes de paz que comenzaban a cernerse sobre los ensangrentados campos de Europa.

F. LARÍN.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Por los aires y en el mar

(El señor A).—¿Ha visto V. el fracaso de los zeppelines, don Subrio?

—Cuando los lectores se enteren de esta conversación, será ya viejo este ataque, pero como ha de repetirse, hablemos de él, si V. gusta. ¿Fracaso, dice V.?

(El señor A).—¡Evidente! Unas bombas no han estallado, y todas las demás han matado o herido a cinco ancianas y niñas. ¿Para eso sirven las tan ponderadas máquinas de guerra?

—¡Ja, ja! ¿Conque fracaso? ¿Acaso cree V. que los zeppelines iban a tomar París? Verdad es que siete uhlanos se apoderaron de Lille, y que tres húsares entraron en Laon, pero París está mejor guardado. ¿Imaginaría V. acaso que los zeppelines iban a llevarse prisionera de guerra a toda la guarnición de la capital?

(El señor A).—¡No!, pero ¡tanto estrépito para hacer cinco víctimas en personas indefensas e inofensivas!

—Si han sido cinco las víctimas, ¿cómo me explica V. que el señor Poincaré haya ido a cuatro hospitales, nada menos, lo repito, a cuatro, a visitar a los heridos? Los confeccionadores de los partes oficiales han perdido, si es que lo han tenido alguna vez, el indiscutible ingenio francés. Son tan inocentes e incautos como chicos de la escuela. ¿No le ha llamado a V. la atención el parte alemán?

(El señor A).—¿Qué dice?

—¡Casi nada! Que los zeppelines han bombardeado los fuertes de París.

(El señor A).—Supongo que no creará V. tal disparate.

—Si lo es o no lo es, va V. a juzgarlo por sí mismo. Los mayores daños causados por los zeppelines han tenido lugar, según los franceses, en los pueblos inmediatos a la capital. ¿Se ha fijado V. en la *casualidad* de que esos pueblos estén junto a los fuertes atacados, y que sobre ellos hayan volado preferentemente los monstruosos aviones?

(El señor A).—De todos modos, es evidente que la población del cerebro del mundo ha tomado a broma la incursión aérea y se ha reído de ella.

—¡Evidentísimo! Sólo que V. lee, pero no coordina lo que lee; y perdone si le ofendo.

(El señor A).—Si no habla V. más claro...

—Al día siguiente del ataque, los franceses nos cargaron la cabeza con el relato de veinte y tantas heroicidades realizadas por sus aviadores en diferentes puntos del frente: en un lugar arrojaron 500 flechas—¡como en los tiempos de Troya!—, en otro destruyeron un automóvil, más allá atacaron un tren... ¿Qué quiere decir todo esto?

(El señor A).—¡Pues, nada, que atacaron...!

—No señor, todo lo contrario: fué tal la excitación y el descontento, justificado, que hubo en París, que para tranquilizar los ánimos y sosegar los espíritus, se le dijo al crédulo vecindario que los aviadores franceses estaban ocupados en asuntos del servicio a muchas leguas de distancia. ¡No deja de ser un consuelo! La otra vez, la aparición de los dirigibles costó su cargo al jefe del servicio de aerostación





Cazadores alpinos franceses en los Vosgos

de París; veremos lo que ocurre ahora, pero lo veremos con retraso, porque los franceses lo ocultarán. Ya conoce V. su sistema: declaran los descalabros cuando los compensan con algo: «Hemos recuperado una trinchera que habíamos perdido tres días antes»;

«hemos reconquistado la granja X. que los alemanes tomaron hace quince días», y de ahí se deduce que si reconocen las pérdidas cuando las reparan, ¡cuántos y cuántos fracasos permanecen en las sombras, esperando el día de la victoria!



Una patrulla austriaca en los pasos de los Cárpatos

Ayuntamiento de Madrid



(El señor B).—¿Qué me cuenta V. de los Dardanelos, don Subrio?

—Que tiene razón el almirante británico, releva-



El general von Voigts-Rhetz, cuartel mestre general (fallecido)

do, por supuesto, para demostrar al país la victoria que conquistó para sus armas. Por dos veces los fuertes turcos quedaron reducidos al silencio, y, cosa rara, las dos veces coincidieron con la retirada de los barcos. ¡Sin duda querían los ingleses que los turcos continuaran disparando contra los peces!

(El señor B).—No negará V. que los ingleses se batieron con valor.

—Eso no lo he negado nunca y soy el primero en reconocerlo. Sólo encuentro una anomalía, la distinción que siempre guardan los britanos para sus entusiastas amigos los franceses: les reservan lo más glorioso. De los doce barcos británicos que tomaron parte en el ataque, tres se fueron a pique, es decir, la cuarta parte; de los cuatro acorazados franceses que coadyuvaron a la empresa, se perdieron dos, o sea la mitad. ¡Los ingleses siempre tan desprendidos y tan desinteresados! Pero es lo que ellos dicen: no vamos a reservarnos nosotros todo el mérito de la operación.

(El señor B).—Los fuertes de los Dardanelos caerán, no tenga V. duda: ha dicho el almirante británico que para Pascua la escuadra estará anclada delante de Constantinopla.

—Ha de saber V., señor B., y me extraña que no lo sepa aún, que jamás me he preocupado de lo que ha de suceder: esto queda para las adivinatoras de París cuyos presagios son distribuidos a los alemanes por los aviones franceses. A mi sólo me gusta comentar lo pasado y, cuando más, lo presente. Será por la Pascua o... ¡por la navidad!

(El señor A).—Sosiegue V. sus nervios, don Subrio, porque voy a pronunciar una palabra fatídica...

—¡Przemysl! ¡Me la esperaba hacía rato! Pero si V. no se ha conmovido por Amberes, Lieja, Laon, La Fère, Lille, Maubeuge, Givet, Montmedy, Longwy, Namur, Saint Mihiel, y veinte más, ¿cómo quiere V. que me impresione por Przemysl? Ya sé que ahora las famosas puertas de Posnanía y de Silesia van a dar que hacer a los periódicos, que Cracovia volverá a ser de actualidad, que el rodillo ruso y todas las paparruchas novelescas irán de un lado para otro, hasta parar en lo de siempre: unas carreras de resistencia, cien mil prisioneros y unos pocos centenares de cañones en manos de los alemanes.

(El señor B).—Esto es rehuir la conversación. Yo quisiera que me dijera V. algo de los austriacos, y no de los alemanes.

—No sé más que lo que de ellos cuentan los rusos: según los partes oficiales moscovitas, éstos les han hecho 1.450.000 prisioneros; los serbios han apresado a 176.000 y los montenegrinos 37.000; en total, un millón setecientos mil hombres; ponga V., por lo menos, otros tantos muertos y heridos, y resultan tres millones y medio de hombres, de modo que sólo queda en campaña medio millón de austro-húngaros. No es posible hablar de lo que no existe; por eso no doy crédito a las grandes batallas que los rusos nos cuentan se libran en los Cárpatos. ¿Contra quiénes combaten? Los austriacos están destrui-



Restos de la bandera del 142 regimiento de infantería ruso, que un oficial de este cuerpo, hecho prisionero, intentó salvar escondiéndola bajo su uniforme

dos, estoy conforme; pero ¿qué hacen los rusos, que no avanzan? ¿tienen miedo al frío? ¿les espantan los duendes y trasgos y fantasmas que según las leyen-



das moran en aquellas montañas? ¿o acaso es que tampoco hay rusos?

(El señor B).—Esto es una balumba de palabras, que no encubre los hechos. No veo por qué no ha de dar V. crédito a los rusos.

—Por que nos contaron las herocidades y las victorias de sus ejércitos en el Cáucaso, añadiendo que aquellas batallas habían sido las más grandes y decisivas de la guerra—ya ve V. si aprendieron de los japoneses hace diez años—, y resulta que los turcos continúan tranquilamente en territorio ruso en el Cáucaso. Porque nos dijeron que Berlín, que Konisberg, que Thorn, que Breslau, que Cracovia, que Hungría, que Buda-Pesth... y lo único que hemos visto han sido una extraordinarias derrotas. Porque capturaron a un cuerpo de ejército alemán cerca de Lodz, y luego resultó que ese cuerpo se volvió a sus líneas con la carga de cuarenta mil prisioneros moscovitas. Porque... ¿quiere V. que siga?

(El señor B).—¡Al grano, al grano! ¿Y los austriacos?

—Francamente, que son tan malos como los rusos, pero esto no quiere decir que los rusos sean mejores.

(El señor A).—¿Aún duda V. de la intervención de Rumanía?

—La tengo descontada, lo mismo que la de Italia, Grecia, Bulgaria, China, Japón y los Estados Unidos. Como los ingleses son los protectores del derecho y de los pueblos débiles, todos los países del mundo, sin excepción, se preparan a ponerse un dogal al cuello y ofrecerse atados de piés y manos a los britanos. ¡Esto sí que será democracia y libertad! Y el que no obre así, ya lo saben ustedes, no merecerá más que el dictado de defensor del militarismo y la tiranía, de la barbarie y de la incultura, de la opresión y de la esclavitud!

(El señor A).—¿No es Inglaterra la cuna del derecho y de la...?

—El derecho inglés es tan sencillo como conciso: la libertad para mí y el garrote para ti; díganlo, si no, Irlanda, Indostán, el Transvaal, Egipto, Malta, Chipre, Gibraltar, ... y nosotros, que con tanta elocuencia podríamos hablar, como somos neutrales, nos estamos desojando en busca de los agravios que nos ha interido el Kaiser, y todavía no hemos podido dar con ellos. Verdad es que fué el único gobernante que se puso a nuestro lado cuando la malhadada guerra con los Estados Unidos, pero ¡con su cuenta y razón lo haría!

SUBRIO ESCÁPULA

## EL KAISER EN POLONIA

Lodz, 8 de febrero.

Varsovia dista de la frontera prusiana, junto a Kalisz, unas 200 verstas, que equivalen aproximadamente a otros tantos kilómetros. Y a 60 verstas de Varsovia, a unos 10 ó 12 kilómetros detrás de nuestras posiciones avanzadas, a mitad de camino entre Lovicz y nuestras trincheras, se dirigió ayer el Kaiser, para visitar el ejército de Mackensen. Desde la campaña de 1656, desde los tiempos del Gran Elector, según se me alcanza, es ésta la primera vez que un Hohenzollern, y sobre todo un Hohenzollern

reinante, pisa como enemigo esta tierra de los antiguos czares de Polonia. En otro tiempo llegó como Margrave del Brandenburgo, pero hoy como Emperador alemán. Este día será inolvidable, sea o no necesario librar otra batalla para abrírnos el camino de Varsovia.

El Kaiser llegó a las 8 y media de la mañana a Lodz y partió en auto para Lovicz, al frente de batalla. Los habitantes no se dieron cuenta de su llegada, ni supieron a qué obedecían los preparativos hechos. Aunque la Petrikovca, o calle principal, quedó cerrada a la circulación pública, los lodzerinos no se sorprendieron mucho. Se prohibió abrir las ventanas; desde las 8 de la mañana se veían en todas la avenidas principales puestos dobles de landsturm, con los machetes armados, que vigilaban las entradas y salidas; policías alemanes y milicianos de Lodz, esto es, guardias municipales. Las calles presentaban un aspecto completamente opuesto al del día de la entrada de los alemanes: estaban ahora limpias como espejos, cubiertas de arena, brillantes al sol; el firmamento era claro y azul. Pero el frío era riguroso, propio de los más crudos días del invierno. Las campanas tocaban con estrépito, como domingo que era.

Los lodzerinos estaban acostumbrados, en tiempo de los rusos, a que se impidiera el tránsito público por las calles, y cuando esto ocurría presumían con razón que ocurría algo desagradable. La última vez fué cuando los rusos preparaban su retirada. Entonces quedaron las calles solitarias y silenciosas, pero no tan limpias como ahora. Fué por la tarde, cuando los cosacos, los cazadores a caballo, los reservistas y la policía llenaban las calles. Por la noche partió en columna la artillería, con las ruedas envueltas en paja, en una interminable fila, y luego marcharon batallones y batallones. Nadie extrañó que ayer se repitiera un caso análogo, pero esta vez el vencedor no pensaba siquiera en la retirada. Nadie sospechaba que el Emperador de Alemania iba a pasar por la ciudad. Los amigos de los rusos se estremecían de esperanza, y los judíos polacos sentían inquietud.

Detrás de los cristales se distinguían caras con expresión de zozobra. Lo que vieron fué algo muy diferente de lo que esperaban. A las 8 y media comenzó a desfilar una interminable serie de automóviles, con dirección al N., alejándose de la ciudad; los unos eran cerrados y abiertos los otros; uno de los primeros iba en cabeza de la fila. En el interior de los coches se distinguían los uniformes, las pieles, los cascos y los abrigos, sin que fuera posible reconocer a las personas, y a lo último un par de hombres civiles: la sección de corresponsales de guerra. Entonces, en la multitud se abrió paso este pensamiento: los alemanes no se retiran, sino que avanzan; se está librando una gran batalla, para llegar a Varsovia. Pero aquel gran número de oficiales en autos significaba otra cosa.

Mientras los lodzerinos se devanaban los sesos, el Kaiser avanzaba rápidamente hacia Lovicz. En las calles reinó un silencio sepulcral hasta que la comitiva dejó atrás los arrabales. De trecho en trecho, patrullas de landsturm con el machete armado, y cazadores que saludaban marcialmente. Pasó el séquito por los alrededores de Lodz, medio arrasada



por el cañoneo; a derecha e izquierda del camino se veían numerosas y sencillas cruces de madera, indicando los lugares donde amigos y adversarios habían caído en aquellas batallas de noviembre del año anterior, peleando y entregando la vida por su Emperador y por su patria, y cuyos restos se ocultan ahora bajo los nevados campos. El pueblo, supersticioso, sigue oyendo aún sus gritos de angustia, los diálogos que sostienen los muertos, sobre todo cuando truena la tempestad y durante las noches y los días de niebla. Por estos mismos cantinos ha pasado el poderoso ejército del gran conquistador, cuyos sabios planes se han desenvuelto sobre estas tierras moskovitas, en dirección al Este, sin que supiera oponerse el enemigo; y también por donde vamos se desbandaron los últimos restos del ejército adversario. La llanura cubierta de nieve, brilla herida por los rayos del sol, y sobre ella se desliza la larga cadena de coches en que va el primer Emperador alemán, jefe supremo de aquel ejército que avanza contra los eslavos del oriente ruso. Dejamos atrás Sgierz; pasamos por Strykod, donde una granada alemana derribó la torre de la iglesia, en que se encontraban los brillantes oficiales de un cuartel general ruso; rebasamos las ruinas de Bratoszevice y seguimos hacia Glodno, donde los campesinos visten trajes de brillantes colores, como papagayos. De vez en cuando se cruzan con nosotros algunos labriegos o un par de judíos, aunque a distancia, porque se apartan del camino así que ven los coches alemanes. Las tropas se presentan limpias y aseadas, y apenas nos descubren, forman rápidamente a los lados del camino. En Glovno hay mucha animación; los campesinos se dirigen a la iglesia, resaltando sobre la multitud las figuras de mujer, vestidas con trajes amarillos y pañuelos a la cabeza, que se contonean altivas. Las torres de la Colegiata de Lovicz aparecen a lo lejos, en el horizonte, y continuamos hacia esta ciudad. Las tropas que accidentalmente se encuentran en estos lugares o que descansan en ellos, se alinean a los costados de la carretera; el entusiasmo resplandece en sus ojos. En la entrada de la ciudad, los jefes de la comandancia de etapas ocupan sus puestos, yendo en cabeza la marcial figura del comandante; en la salida, junto al paso a nivel de la vía férrea, se ve, con el uniforme de capitán de fusileros de la Guardia, el jefe de estación, que antes de la guerra era el director del teatro real de la Comedia, en Berlín. Una docena de kilómetros más y llegamos al termino del viaje: una mansión señorial polaca, en cuyo parque ha de celebrarse la función religiosa y donde el Kaiser saludará a las tropas.

La cabeza de nuestra columna de automóviles, con el carruaje cerrado que se ha puesto delante de ella, en la estación de Lodz, se dirige a un lugar inmediato. Dentro de una hora regresará el Kaiser. Tenemos tiempo, por consiguiente, de visitar el castillo, sobre el que se yerguen vetustas torres, y calentarnos junto a la chimenea del vestíbulo. El palacio es muy cómodo. Acercamos unos sillones a los troncos que arden en el hogar; a los lados de la chimenea hay dos magníficas armaduras, que habrán mostrado su discreción más de una vez. No todos los dueños de castillos pueden ostentar tantas comodidades como hay aquí. Los viejos bancos que hay junto a las paredes muestran el siguiente lema: *Ne*

*sedeas, sed eas*. (No te sientes, prosigue). ¿Tendrá relación con esto la campaña alemana de 1915? El magnate a quien pertenece el castillo es «Sujet mixte», como muchos propietarios de mansiones señoriales de Prusia. En el salón principal está preparado el desayuno que ha de ofrecerse al Kaiser; muy sencillo, se compone de dos platos, una copa de champagne y otra copa de vino. Las copas y vasos son muy variados; se ha tenido que acudir a todas las casas de los alrededores en busca de lo que hacía falta, y los últimos sitios de la mesa en forma de herradura carecen de servilletas. El capitán de caballería que ejerce las funciones de gran mariscal está avergonzado porque no ha podido prepararlo todo con arreglo a su deseo. El castillo está henchido de oficiales. Del servicio en las puertas y salidas se han encargado sub-oficiales, de los condecorados por el Kaiser con la cruz de hierro de primera clase. El desayuno se tomará después de la función religiosa.

Entre tanto, se han ido reuniendo en el parque los oficiales del cuerpo de ejército libres de servicio. Descubro entre ellos muchos conocidos. También envían representaciones las diferentes unidades del cuerpo: de cada regimiento de infantería, una compañía. Alrededor del improvisado altar se agrupan los que no tienen nada que hacer.

El Kaiser aparece, acompañado por el coronel general von Mackensen, y recorre el frente del cuerpo de oficiales y de las tropas. Yo no le he vuelto a ver desde aquel día, al principio de la guerra, que asomado a un balcón de su Palacio dirigió la palabra a la multitud. En el primer momento recibo la impresión de que, sin duda, por la gravedad de los acontecimientos, su pelo se ha vuelto blanco; pero no, esto es un error; el cubrecabezas que lleva para protegerse del frío, es de color de ceniza, y me ha inducido al engaño. Por el contrario, el Jefe supremo del Ejército se muestra extraordinariamente fuerte y ágil, aunque la gravedad de los últimos meses ha impreso en sus facciones un cierto sello de amargura, que se nota también en su voz, cuando habla. Al verle, acudieron a mi memoria los recuerdos de la parada imperial que tuvo lugar en Breslau, en 1895, en el campo de tiro de Gandauer. El czar venía por primera vez a Alemania y el Kaiser cabalgaba con su séquito a la cabeza de la compañía que rindió honores. ¡Cuán radiante aparecía, cuán fuerte, cuán seguro del porvenir y de la victoria! Y a su lado, el czar, callado, displicente y con una sonrisa irónica en sus labios. Ahora, el Kaiser tiene veinte años más; el tiempo ha marcado algunas arrugas en su rostro, pero su espíritu y su carácter son los mismos de siempre, y no los han alterado los acontecimientos de los últimos seis meses. ¿Cómo habrán influido en Nicolás Alexandrovich los acontecimientos aludidos?

El párroco castrense predicó sobre el proverbio XXI, versículo XXXI, de Salomón: «Aparéjanse los caballos para la batalla, pero quien da la victoria es el Señor». El viento soplaba en la dirección del párroco, y desde mi puesto apenas oigo algunas palabras. Comprendo, sin embargo, que insiste especialmente sobre las grandes enseñanzas de aquella primera semana de la guerra, desde la cual han transcurrido ya seis meses. «Rogando a Dios, vamos a defender el derecho», canta la comunidad, y llega



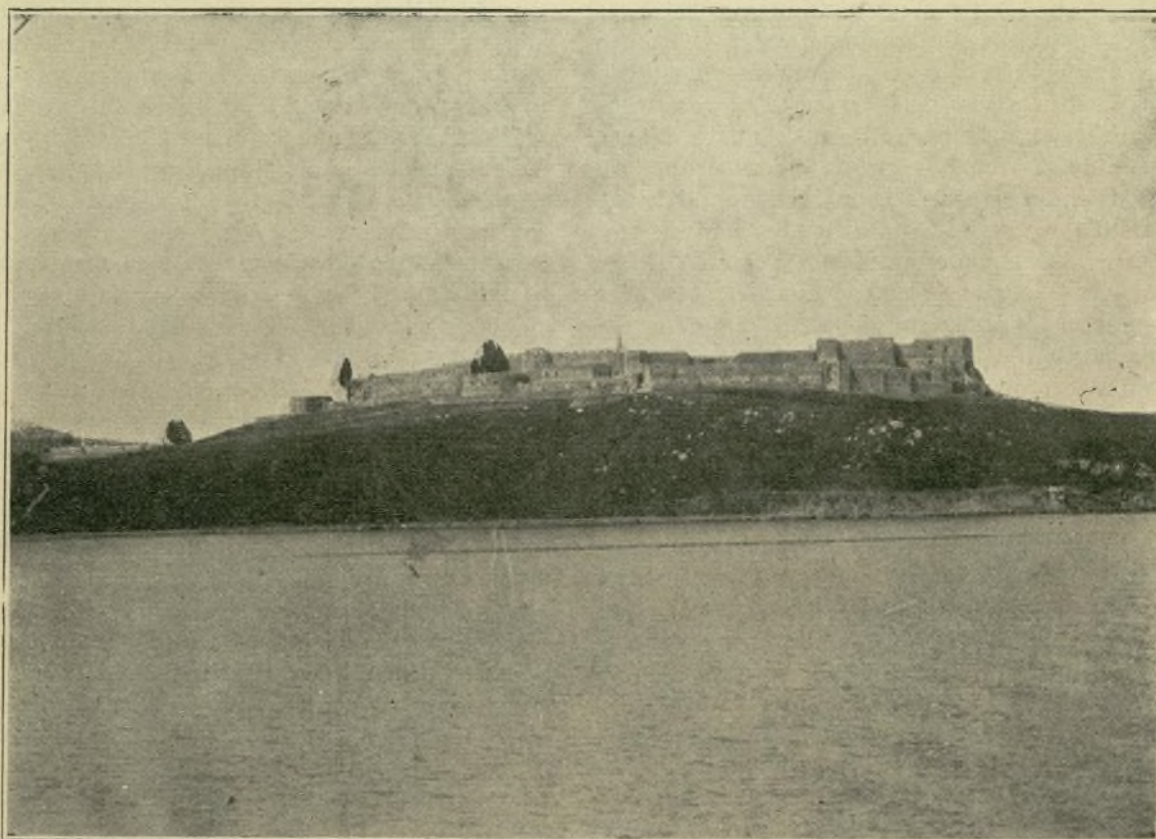


El día del cobre en Alemania: alumnos de una escuela, entregando a su profesor los objetos de cobre que las familias donan al Estado para las necesidades nacionales.

el momento más esperado, aquel en que el Kaiser va a dirigir algunas palabras al glorioso IX ejército. Imposible expresar la atención con que todos se disponen a oírle. Por desgracia estoy demasiado lejos del Soberano, y sólo llegan a mis oídos palabras

sueltas. No obstante, oigo que el Jefe supremo da las gracias al ejército de Mackensen por sus «grandiosos hechos».

Enseguida, el desfile en columna de honor. Yo he visto a menudo desfilar a nuestras tropas, lo mis-



Uno de los antiguos fuertes turcos de la entrada de los Dardanelos

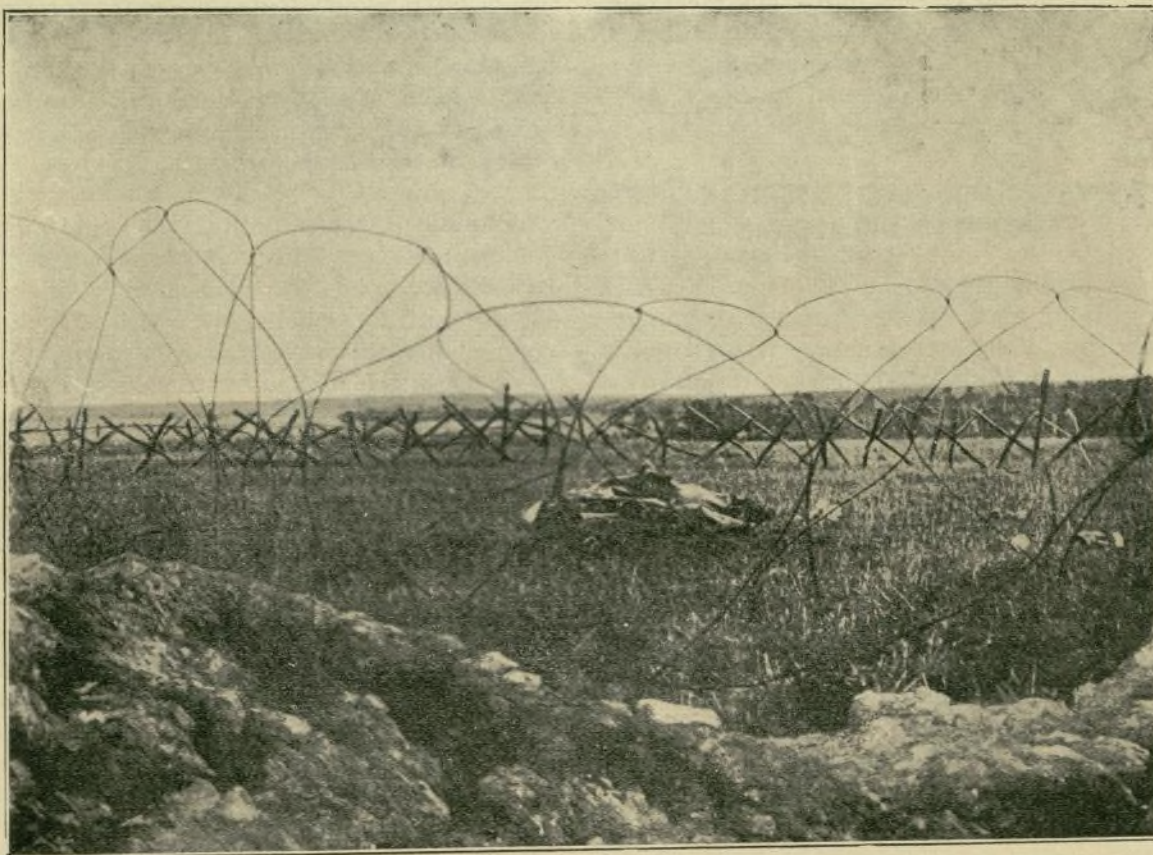




Una avanzada inglesa reconociendo un bosquecillo en Flandes

mo en traje de gala que en el de campaña, ante Guillermo II. He visto también cómo partían hacia la guerra en otros tiempos, cuando la expedición a China y cuando el alzamiento en el África occidental, y he presenciado también su regreso. Pero nun-

ca he visto un desfile como el de ayer. No añadiré muchas más palabras. Jamás se me borrará de la memoria, cómo aquellos soldados probados por las fatigas y hechos de la guerra, aquellos hombres que tantas veces han desafiado la muerte cara a cara, con



Alambradas transportables, formadas por arcos de alambre, empleadas por los beligerantes en Francia para proteger sus trincheras avanzadas



sus uniformes remendados y sus músculos de acero, iban pasando ante su jefe supremo a los sonos de la marcha «Fridericus Rex, nuestro Rey y Señor». Sus ojos brillaban; ¡no! esta frase no da idea de la expresión de sus miradas. Resplandecía en ellos el entusiasmo nacido del convencimiento de que iban a dar la vida por una causa santa, y para expresarme con toda propiedad tendría que procurar poner más calor en mi pluma. Unos al lado de los otros, iban desfilando los guerreros de más edad, con barbas descuidadas y crecidas, los ya avezados a la guerra, y los mozos aún imberbes que, a pesar de ser la esperanza de sus familias, se habían alistado como voluntarios, acudiendo al llamamiento de su monarca, y que ahora por primera vez desfilaban erguidos, fijas sus miradas en los ojos del Emperador. ¡Jamás produjo en mí otro desfile una impresión parecida al de este!

Los oficiales que tengo a mi lado participan de mis emociones. Están tan conmovidos como yo. ¡Ave, César! Pero éstos no son gladiadores que han de morir sobre la arena. Son la esperanza de la nación, el fundamento de su existencia.

El coronel general von Mackensen lanza un triple ¡viva el Kaiser!

A última hora de la tarde emprendemos el regreso a Lodz, encontrando la calle de Petrikau tan silenciosa y desierta como por la mañana. Las tropas de la landsturm y los cazadores a caballo siguen montando las guardias. Pero en los alrededores de la población, la multitud se agrupa, ávida de conocer lo que ocurre. La verdad sólo ha llegado a medias a sus oídos. La gente no quiere dar crédito a lo que se le dice. «¿Está aquí el Kaiser? ¿Es verdad que ha venido el Kaiser?», oímos a un lado y otro. Y también: «¿Podremos saber por fin qué es lo que pasa?»

El Kaiser partió a las 9 y media de la noche, después de regresar de Lovicz, y ha comido en su tren.

AD. ZIMMERMANN

(De la *Tagliche Rundschau*).

## LA CONFERENCIA DE FICHTE SOBRE LA GUERRA Y EL MILITARISMO ALEMÁN <sup>(1)</sup>

A menudo el pensamiento está fatigado. ¿Qué le sucederá ante esta espantosa realidad de sangre y hierro? Pero ahora no debemos sentirnos fatigados. Jamás el pensamiento ha sido más fuerte que en presencia de esta realidad de sangre y hierro. Jamás las ideas han sido un fundamento más fuerte para la realidad.

Se habla en los países enemigos del militarismo alemán. Pero Alemania sabe que jamás ha sido su idealismo más poderoso que hoy. El extranjero apela a sus poetas y pensadores. Pero el pueblo alemán sabe que jamás ha estado tan cerca de sus propios pensadores y poetas; y nunca como ahora ha estado tan propicio a oír lo que le dicen. A ellos pertenece el sentimiento de unidad, que es el que conforta al

pueblo. Toda la grandeza del pasado se debe a esta unidad, por lo cual esta unidad es aún más firme.

A nuestros pensadores y poetas se debe nuestra fortaleza. Ellos eran idealistas. Su idealismo es hoy el faro del pueblo alemán. Es el idealismo alemán el que hizo entonar ante el Palacio de Berlín, el canto que comienza «Demos ahora gracias a Dios», en aquellos días de agosto, y que no cesó en todo el tiempo de movilización. Todos los peligros se desataron entonces sobre el pueblo: la disolución, la miseria y la muerte. Pero un peligro quedó inmediatamente conjurado, y es que las ideas no podrían recibir ningún daño.

«Demos gracias a Dios». Alemania se alzó en defensa de la libertad. Alemania cantó por su libertad. Cantando recorrieron el país las columnas de soldados en los días y en las noches de la movilización. Nadie podrá olvidar aquellas canciones que resonaban en las noches. Los soldados no sabían a dónde se dirigían sus cuerpos, pero les constaba que iban a pelear por su libertad. Cantando, iban a sacrificarse por las ideas.

En el extranjero se habla de militarismo, de uniformidad, de falta de alma, de tiranía. Muchos en el país temieron algo de esto en el primer momento. Pero enseguida se cambió de opinión. Desde los días en que arreció el peligro de la guerra, todo temor y toda duda han desaparecido en Alemania.

Por eso ya no es lícito que los extranjeros sigan hablando del militarismo alemán. Todo lo que hay de espiritual en Alemania no ha visto en ese militarismo más que el presagio de la victoria, y ha sido la causa de que se unieran en apretado haz todas las fuerzas espirituales; la uniformidad se ha visto que era conveniente; como obra de la más amplia libertad, se ha comprendido que la libertad personal debía someterse a la uniformidad. No solamente cuantos están en campaña trabajan por la colectividad, sino también los que han quedado en la patria. Pero a medida que los personalismos desaparecen, las ideas van cobrando mayor fuerza.

Durante la guerra de liberación, dió Fichte su conferencia sobre «El concepto de la verdadera guerra». En ella se hablaba del idealismo a los hombres «toscos, sencillos, ignorantes». Y se perseguía que comprendieran la necesidad de la guerra, por contraria que ella fuera a sus sentimientos más espontáneos.

Para el hombre que no piensa, es la vida, la vida temporal y terrena, el último objetivo, pero para el que reflexiona, para los buenos, el objetivo de esta vida es la otra, la que luego ha de gozarse. Aquel jamás se mostrará propicio en los momentos de peligro a renunciar a su vida y a su propiedad; y lo mismo harán los pueblos compuestos de hombres de esta clase. Y sin embargo, ello es necesario para la paz, para la paz siempre y sobre todo, aunque se trate de una paz vergonzosa.

El verdadero juicio ha de fundarse en la convicción de que por encima de todo han de flotar las ideas. La vida y su conservación no han de ser el fin, sino sólo el medio. El objeto de la vida es la realización de la idea. Ella debe ser libre, y poder decidirse por sí misma.

(1) Llamamos la atención del lector sobre este interesante artículo, tomado de un periódico alemán, que demuestra el concepto, radicalmente opuesto al nuestro, que en Alemania se da a la voz «militarismo»; es más, puede afirmarse que los alemanes aún no han llegado a comprender el significado, mezcla de desprecio y de desprecio, de envidia y de temor, que en Inglaterra y en todo el Sur de Europa se atribuye a dicha expresión.



La parte espiritual del hombre ha de comprender que su vida ha de servir para la defensa de su libertad. Parte alegre al combate, si comprende que la paz puede esclavizarle. El pueblo en sus elementos idealistas, vota por la guerra cuando está amenazada su libertad, cuando su disfrute lo ponga cualquiera en peligro. En defensa de las ideas y del idealismo, todo el pueblo se dispone a entrar en combate de vida o muerte. Y cada cual ha de empuñar las armas, sin permitir que nadie le reemplace.

«Unid todas vuestras fuerzas, combatid hasta la muerte, no queráis la paz sin antes haber alcanzado una completa victoria, esto es, sin antes haber conquistado la seguridad de tener apartado todo peligro contra la libertad. No miréis a vuestras vidas y haciendas, ni hagáis cálculos sobre la futura paz. Así debe obrar, y no de otra manera, quien se dé clara cuenta de las cosas».

En este idealismo que Fichte predicaba hace

ahora cien años, se ha inspirado el pueblo alemán al comenzar esta guerra que amenazaba su libertad; por él acuden a alistarse centenares de miles de voluntarios; por eso todas las clases y todos los partidos proclaman con unanimidad «No queremos la paz si antes no hemos alcanzado una completa victoria, la plena seguridad de que no corre peligro nuestra libertad».

Lo que se llama el militarismo alemán, no es más que el idealismo alemán. Es el esfuerzo colectivo de todos, que ponen sus vidas, sus haciendas y cuanto les pertenece al servicio de la idea, por la libertad.

Y siempre que el extranjero diga que todo ha sido preparado por el militarismo, que se debe la guerra al servicio general obligatorio, digámosle que el idealismo alemán es lo que inflama a todo el pueblo, que ese idealismo es la fuerza y el poder de Alemania.

Dr. HANNA HELLMANN.

## CRÓNICA MILITAR

I. La grave equivocación de los beligerantes en el teatro sobre la guerra europea.—III. Soissons, Hurlus y Neuve Chapelle.—IV. Anomalías de la campaña en el Niemen y el Narev.—V. La situación el 31 de marzo.

### I.—La grave equivocación de los beligerantes en el teatro occidental

Comenzaron los alemanes la guerra contra Francia invadiendo Bélgica, y conteniendo al enemigo en Lorena; dueños de Lieja y del paso sobre el Mosa, efectuaron un movimiento envolvente contra las tropas francesas y británicas, arrojándolas hacia el S. E. y persiguiéndolas tenazmente hasta cerca de París; al mismo tiempo activaron sus operaciones contra los belgas que se empeñaban en sostenerse en su segunda línea de defensa, y los echaron sobre Amberes, emprendiendo a poco el sitio de esta plaza. El avance en dirección al O., hacia el mar, fué lento y en él se emplearon escasas tropas. A todas luces se veía que los alemanes no tenían otro objetivo que el preconizado por Moltke, sintetizando las doctrinas de los grandes capitanes: el ejército enemigo; destruido éste, las plazas y los territorios del adversario caerían fácilmente en sus manos. Después de la retirada del Marne, no se activaron más las operaciones contra la parte O. de Bélgica, ni se ejecutó la menor tentativa para conservar el terreno del N. O. de Francia, que había sido espontáneamente abandonado al emprenderse la marcha al S. E. de París. El grueso de los ejércitos aliados constituía como antes el objetivo único de la campaña.

Pero cuando el general Joffre, a instigación del mariscal French, trató de envolver la derecha alemana, a últimos de septiembre y principios de octubre, por resultar fallidos los ataques de frente contra la línea del Aisne, los alemanes tuvieron que ir enviando sucesivamente fuerzas de socorro cada vez más a su derecha, hasta que finalmente la línea llegó al canal; y entonces, por la fuerza misma de las circunstancias y ante la realidad innegable de los hechos, se puso de manifiesto la inmensa importancia

que para los dos beligerantes tenían las orillas del estrecho de Dover. Sobrevinieron, como consecuencia de este tardío descubrimiento, las furiosas batallas del Iser, que resultaron indecisas, continuando los dos adversarios en las posiciones que ocuparon días antes, para hacer frente los alemanes a los movimientos envolventes de los aliados, y éstos detenidos en su marcha por la aparición de las nuevas tropas de aquellos.

No habían terminado aún aquellos combates, cuando, acaso tal vez antes que se les ocurriera a los alemanes, los aliados pregonaron la importancia que tenían Calais y Dunquerque y dijeron que el objetivo alemán consistía en adueñarse de ambos puntos, y con ellos de los puertos más estratégicos del canal. A partir de aquel momento, toda la atención, hasta entonces desviada hacia Verdun y la Champaña, se concentró en el estrecho. Y esta vez, tenían razón los que dijeron que la decisión de la campaña se había de ejecutar en Flandes y no en el N. E. de Francia.

Desde el 23 de agosto al 6 de septiembre, los alemanes pudieron ocupar con escasas tropas toda aquella región del N. O., guarnecida por muy débiles contingentes de territoriales, y no lo hicieron. Todavía hasta últimos de septiembre se les presentaron abundantes ocasiones de reparar aquel error, y tampoco las aprovecharon. Si llegaron a orillas del canal, fué, como se ha dicho, por la necesidad de oponerse a la maniobra envolvente de sus enemigos y no por decisión espontánea. Una simple división enviada a Flandes a raíz del avance victorioso de agosto, hubiera evitado a los alemanes innumerables bajas y facilitado extraordinariamente el bloqueo marítimo de Inglaterra, por quedar virtualmente en sus manos las rutas más cortas y más frecuentadas entre Inglaterra y el continente.



Los franceses, a su vez, tampoco le dieron a la cuenca del Somme el valor que tenía. Si al fracasar en sus ataques contra la línea del Aisne, en lugar de prolongar su ala izquierda poco a poco, dando tiempo al enemigo para reforzar su ala derecha, hubieran descongestionado el ejército de la Champaña y formado un ejército, siquiera de dos cuerpos, para enviarlo al N. O., habrían contenido el avance alemán hacia el O. de Bélgica y tomaran posesión del litoral, ocupando posiciones mejores y más fuertes al E. de las que actualmente conservan. Para llegar al puerto de Brujas (Zeebrugges), no tuvieran que realizar un grande esfuerzo, y es probable que la línea del Aisne se hubiese tenido que evacuar en su extremo derecho, para llevarla más atrás. Pero la defensa de aquella comarca quedó encargada al débil y maltrecho ejército belga, que no estaba en disposición de oponerse a los alemanes.

Mayor error todavía, si cabe, es el cometido por los ingleses. Aunque empeñado en el extremo izquierdo de la línea el primer ejército de French, en las jornadas de agosto, ante la tentativa de ser envuelto en Mons no se replegó hacia la costa, donde estaban sus líneas naturales y seguras de comunicación, sino que se intercaló entre los ejércitos franceses; y fué menester que los entorpecimientos y dificultades que en los abastecimientos produjo el cruce de líneas de comunicación francesas y británicas, obligaran a los ingleses a trasladarse de nuevo a la izquierda y se acercaran a la costa para estar a la inmediación de Calais, Boulogne y Dunquerque. Acaso confiaban en que atacados los alemanes en el Aisne y contenidos ante Amberes, no se atreverían a adelantarse por Flandes. Los hechos les demostraron cuán equivocados estaban, porque ni Amberes resistió apenas, ni el sitio de esta fortaleza fué óbice para que continuaran las operaciones de los alemanes en Bélgica. Pudieron los ingleses desembarcar un grueso cuerpo de tropas en Amberes, en vez de los pocos miles de hombres de las brigadas navales; y no lo hicieron; pudieron también, sin el menor obstáculo, ayudados, por el contrario, por los belgas, ocupar con parte de sus ejércitos las orillas del canal, y desatendieron esta elemental precaución, que ahora están pagando cara. Tal vez no creían que Alemania se atreviera a realizar operaciones navales, más probablemente, no querían exponer a su ejército a un encuentro con el enemigo, y consideraban necesaria la ayuda y la inmediata cooperación de los franceses.

Sea lo que fuera, es lo cierto que los tres beligerantes demostraron poca previsión en sus operaciones de septiembre y primeros días de octubre. Sólo cuando todos ellos estuvieron a la vista del mar se rindieron a la evidencia.

La equivocación alemana sólo se explica por la obsesión de destruir al ejército francés y por no haberse previsto en todo su alcance, como dije ya en otra crónica, la rápida intervención de Inglaterra; posible es que tampoco se contara con la resistencia de Bélgica. De todos modos, si, como después han dicho los alemanes, y lo van confirmando los hechos, su principal enemigo es la Gran Bretaña, la guerra contra ella exigía, como primera condición, adueñarse de las costas de Bélgica y del NO. de Francia.

Verdad es que allí no se encontraba el grueso del

ejército enemigo, pero sí las comunicaciones de su adversario más tenaz, y era una maniobra estratégica perfectamente conocida la de operar sobre estas comunicaciones. Las campañas de Napoleón, como las de todos los grandes caudillos, ofrecen abundantes ejemplos de esta maniobra. La escasez de fuerzas, la actitud hostil de la población belga, la necesidad de apoderarse de Amberes,... serán seguramente los argumentos que emplearán los alemanes para justificarse de su gran equivocación, pero el hecho quedará siempre en pie: Flandes y la cuenca del Somme estuvieron a sudposición hasta mediados de septiembre, avanzaron por allí sin encontrar resistencia, y evacuaron aquellos territorios por correr tras un enemigo que huía velozmente y le llevaba hacia el Marne, entre el campo atrincherado de París y las fortalezas del E. El ejército inglés expedicionario debe su salvación y sigue existiendo, gracias a la imprevisión alemana.

Por su parte, podrá alegar el general Joffre para disculparse que, después de ser vencido en todo el frente por un enemigo victorioso, bastante hizo con conservar la disciplina y la moral en sus tropas, y no se encontraba en estado de separarse de un solo batallón para formar el ejército del Somme; pero si el razonamiento convence mientras no fué perfectamente conocida la fuerza del ejército alemán que quedó en Francia después de la retirada del Marne, no acontece lo mismo a partir del 15 de septiembre cuando la situación quedó despojada por completo.

En cuanto a los ingleses, nada puede justificar, ni en apariencia, su error. Las tropas de French fueron más bien perjudiciales que útiles a Joffre en el primer período de la campaña, y hubieran prestado inapreciables servicios manteniéndose en Flandes, cerca de la costa, en el flanco de los alemanes que conversaban hacia el S. y dando ánimos a la resistencia de los belgas; aquel ejército, una vez iniciada la retirada de los alemanes al Aisne, acaso habría cambiado la faz de la campaña si avanzara atrevidamente hacia el E. Pero los ingleses no tenían confianza en su ejército, poco acostumbrado a guerrear en grande escala, con efectivos débiles y una organización deficiente. En una palabra, Inglaterra no estaba preparada, y lo único que se atrevió a hacer fué un acto de presencia, de más alcance moral que material, al lado de las tropas francesas y belgas.

Véanse, pues, cómo el empeño en aplicar demasiado al pie de la letra el gran principio de ver en el ejército enemigo el principal objetivo de la guerra, ha sido la causa; 1.º de que Alemania haya visto formarse y crecer un ejército—el británico—, que de otro modo no habría salido de la metrópoli, y tropiece ahora con grandes obstáculos para la acción de sus submarinos y aviones; 2.º de que Francia tenga que tener distribuidas sus fuerzas, superiores en número a las enemigas, en un vasto frente, sin facilidad para maniobrar, y haya tenido que supeditar su objetivo guerrero nacional al británico; y 3.º cómo Inglaterra, que pudo detener a su adversario lejos de la costa, le vé ahora instalado frente a las playas británicas y tenga que derramar ríos de sangre sin resultados positivos. La imprevista capitulación de Amberes, por lo que respecta a los aliados, y la invasión de la Prusia oriental por los rusos, en lo que atañe a los alemanes, ejercieron manifiesta influencia, hay



que reconocerlo, en esta triple equivocación. Pero ello no redime a los cuarteles generales, cuya misión estriba, precisamente, en estudiar de antemano todas las eventualidades que pueden presentarse.

## II.—Influencia de las operaciones en Oriente sobre la guerra europea

Se han publicado recientemente informaciones fantásticas sobre el esfuerzo que se proponían ejecutar los aliados contra Turquía europea y el Asia Menor. Según aquellos cálculos, nada menos que un millón de franceses, rusos e ingleses se preparan a caer sobre Turquía, para repartirse los restos de aquel imperio al que va siempre asociada la voz «caduco». Y derrotada Turquía, se da por cierto y descontado el vencimiento de Alemania. El primer paso para obtener tan trascendentales resultados es la conquista de los Dardanelos, cuya resistencia no se preveía fuera tan tenaz. Esta consecuencia es tan arbitraria y caprichosa como otras muchas tesis que se vienen agitando, y que, en fuerza de ser repetidas, acaban por ser aceptadas por muchos. Conveniente es examinar el caso.

La ayuda que Turquía puede prestar a la causa alemana es grande. Distrae fuerzas rusas en el Cáucaso, llama la atención de los ingleses hacia el canal de Suez, obligándoles a enviar fuerzas considerables a Egipto, y tiende a provocar la agitación en los musulmanes del Indostán. El golpe va dirigido contra Rusia e Inglaterra, más contra esta última que contra aquélla, pero en modo alguno contra Francia. Pero lo que acaso no podía imaginar Alemania es que los servicios de su aliada llegaran a ser tan preciosos y tan intensos. El ataque a los Dardanelos equivale para Alemania a una victoria naval, porque se han alejado del mar del Norte y del mar de Irlanda no pocos barcos británicos, se han perdido varios, se irán a pique probablemente algunos más, y todo esto sin que Alemania tenga que exponer una sola de sus unidades de combate; es decir, que el mayor quebranto de la flota inglesa procederá de la acción de Turquía, aunque motivado por la iniciativa inglesa. Si además de esta ventaja los aliados llevan a Oriente algunos centenares de miles de hombres, todo este ejército dejará de tomar parte en las operaciones contra Alemania, aliviándose la presión que los aliados ejercen en las dos fronteras del imperio germano. Y, finalmente, la necesidad de abastecer a los barcos y a las tropas expedicionarias desviarán la atención de los gobiernos aliados hacia el Oriente y ocupará una flota mercante numerosa, dejando de ser útiles en los campos de la Europa central todos los elementos de guerra, y no serán pocos, que se enviarán a Oriente. De donde se infiere que la cooperación de los turcos ha sido para Alemania mucho más útil de lo que seguramente imaginaba. Poco le importa al imperio que las escuadras aliadas y los ejércitos expedicionarios luchen en Egipto o en el Asia Menor; lo que le interesa es que no se lancen contra ella, y esto lo ha conseguido en parte por lo que a la escuadra se refiere y lo obtendrá por completo si se realiza la expedición que se anuncia.

Teniendo Alemania y Turquía fronteras comunes, aunque los aliados vencieran y ocuparan los territorios de la segunda, nada podrían hacer directamente contra la primera.

Si el triunfo de Inglaterra lanzaba a Rumanía a la guerra, el nuevo factor no sería despreciable, pero sus golpes los recibiría Austria y no Alemania, y lo mismo puede decirse de la intervención de Italia. No ha de desconocerse que al cerrarse las fronteras de ambos Estados la vida económica de Alemania se haría más difícil, pero en el concepto militar, que es el que decidirá probablemente la guerra, nada habría cambiado, en lo que atañe a Alemania, intervinieran o no Rumanía e Italia.

Alemania se encuentra desde este punto de vista en las peores circunstancias posibles desde el día en que comenzó la guerra. Los enemigos la atacan por las dos fronteras, y su aliada Austria apenas le ha podido prestar otra ayuda que la de algunas baterías automóviles de morteros, en cambio de las cuales varios cuerpos de ejército alemán están luchando en territorio austriaco.

Dando por supuesto que los Dardanelos sean forzados, que los aliados ocupen las costas de Siria y que los rusos avancen en Armenia; admitiendo que los rumanos e italianos se arrojen contra Austria, nada habrá cambiado en sentido desfavorable para Alemania en los teatros europeos; ni tendrá que hacer frente a más enemigos, ni siquiera habrá aumentado la fuerza de los ejércitos que luchan contra ella, porque no es de esperar que los nuevos beligerantes envíen sus tropas a otras naciones, desatendiendo los intereses propios. Por lo demás, una vez dominado el imperio turco, se necesitarán muchos barcos y muchos batallones para someterlo y ocuparlo, con menoscabo de las fuerzas que combaten contra los alemanes. Cuanto más vastos sean los planes de los aliados sobre el Asia y el Oriente de Europa y mayores ventajas obtengan en tan apartadas regiones, tanto mayores serán los sacrificios que habrán de hacer allá, con menoscabo de su acción en la Europa central.

El camino a Bagdad, en que tan interesada estaba Alemania, lo mismo que la suerte de las colonias alemanas, no depende del resultado local de la guerra, sino del término final del gran conflicto que se está resolviendo en el N. de Francia y en Polonia. Si vencen los alemanes recobrarán todas sus colonias y aún aumentarán su número; mientras que si son derrotados, de nada les habrá servido sostenerse en el oeste y este de Africa y llevar la guerra a las colonias vecinas, porque perderán sus actuales posesiones.

La decisión de la guerra no hay que buscarla en oriente, sino en el centro de Europa o en las islas británicas. Posible es que los sucesos que se desarrollen en Oriente tengan más importancia para la humanidad en general que la contienda entre Alemania y sus adversarios, pero en lo que concierne exclusivamente a Alemania, no. La verdadera interesada en los asuntos de Oriente es Inglaterra en primer lugar, y en segundo Rusia. A Alemania le afectarán menos que a Francia y a Italia.

Todas las derrotas que pueda padecer Turquía no harán avanzar a los franceses un solo metro, ni salvarán a los barcos mercantes británicos; y los triunfos de los franceses y de los rusos sobre los otomanos no les podrán compensar de los descalabros—si los padecen—que les inflijan los alemanes. Y en cuanto a Inglaterra, su acción en Oriente reducirá



todavía más el apoyo, no ciertamente sobrado, que está prestando a Francia.

De consiguiente, lejos de ser un perjuicio para Alemania la expedición de los aliados a Oriente, constituye una inapreciable y tal vez imprevista ventaja. Puede asegurarse que los alemanes considerarían grave contratiempo la retirada de los aliados de los Dardanelos. Conviene a los germanos que los turcos se defiendan bravamente, pero que poco a poco vayan cediendo ante el empuje de los aliados. Cada nuevo avance, con el refuerzo consiguiente, de rusos, franceses e ingleses, en Oriente, equivaldrá a una victoria para los alemanes. Y si al fin de cuentas los ejércitos aliados fueran derrotados definitivamente en Francia y Rusia, los éxitos contra Turquía serían tan efímeros como las nubes que el viento forma y deshace a su antojo.

Militarmente considerado el problema, ha sido un manifiesto error de los aliados emprender la acción contra Turquía. Sólo puede explicarse esta resolución por el deseo de aumentar el número de naciones en guerra contra Alemania; pero la que pagará, en todo caso, las consecuencias, no será esta, sino Austria-Hungría. Empero, antes de que resulte maltrucha y fuera de combate la doble monarquía, ha de transcurrir tiempo más que suficiente para que la guerra se decida en el Oeste. Y mientras luce Austria nada tiene que temer Alemania de la intervención de Rumanía e Italia, ni de un ataque concentrado de Rusia.

### III.—Soissons, Hurlus y Neuve Chapelle

Estos tres nombres sintetizan las operaciones más importantes llevadas a cabo en el teatro occidental durante el invierno que acaba de transcurrir.

Desde que las inundaciones del Iser impidieron a los alemanes avanzar a lo largo de la costa para ocupar una línea de defensa más fuerte por naturaleza que la que actualmente guardan, toda su actividad en el frente occidental se redujo a rechazar los ataques de los aliados y contra-atacar a su vez para ir ganando lentamente terreno. Este flujo y reflujo se hizo más intenso en la alta Alsacia, hasta haberse llegado allí, como en otros puntos, al momentáneo equilibrio de fuerzas. Únicamente en la selva de Argona los alemanes prosiguieron con perseverancia su avance por la zapa y por la mina, no porque aquel sector tuviera para ellos un interés más extraordinario que los restantes, sino porque aquel método de guerra se presta como ninguno otro al empleo de pequeños contingentes de tropas y no compromete ni arriesga en ningún caso grandes masas de fuerzas.

Dentro de esta relativa paralización de las operaciones, ha habido tres fuertes choques o batallas, con resultados diversos. La primera es la de Soissons.

A un ataque emprendido por los franceses al N. de Soissons, con el propósito, no sólo de ganar terreno, sino de apoyar la ofensiva que se estaba ejecutando más a la derecha y atraer fuerzas alemanas hacia el O., respondieron los alemanes arrojando un cuerpo de ejército contra los franceses, aprovechando la falta cometida por éstos de no cubrir sus dos alas. Un doble ataque de flanco, seguido inmediata-

mente por otro frontal, provocó la derrota de los franceses, que, como es sabido, perdieron algunos millares de prisioneros, casi toda su artillería de campaña y tuvieron que evacuar las posiciones que ocupaban al N. de Soissons, al otro lado del Aisne. La batalla no tuvo más que trascendencia local, por no entrar a la sazón en los planes del gran cuartel general alemán el propósito de una operación en gran escala.

Mucho antes de este hecho de armas, el ejército francés había comenzado un fuerte ataque en la región al E. de Reims, al que denominan «batalla de Hurlus». Sin duda por motivos muy justificados, pero cuya índole se desconoce, en vez de lanzar contra aquel frente una masa formidable de tropas, los franceses consideraron preferible empeñar tres divisiones, que fueron sucesivamente apoyadas por otras varias; la tenaz resistencia de los alemanes y el decidido empeño de los franceses de romper el frente enemigo por aquel lugar, indujo a los últimos a ir relevando las tropas a medida que iban siendo quebrantadas, de donde se produjo el hecho insólito de que seis cuerpos de ejército llegaron a tomar parte en un ataque donde sólo podían desplegar dos o tres divisiones; pero como aquellas fuerzas se iban empleando sucesivamente y no de una vez, fué relativamente fácil al defensor contener al adversario, que acabó por agotarse y desistió de su empeño, bien que continuara, aunque ya flojamente, el combate, jamás cesado, en realidad, desde mediados de septiembre.

Otras tentativas efectuaron los franceses contra la línea alemana, al E. y al O., pero en menor escala y con iguales resultados negativos.

A principios de marzo, los refuerzos ingleses llegados a Francia aconsejaron la formación de dos ejércitos británicos, en lugar de uno solo que venía operando desde agosto. Ambos se reunieron en Flandes y el N. O. de Francia, desde el O. de La Bassée al N. A dar crédito a los críticos militares ingleses, el mariscal French esperaba que los alemanes tomarían la ofensiva en el Iser a mediados de febrero lo más tarde, y era natural que mediante la acumulación de tropas británicas en aquel sector se quisiera hacer frente a una maniobra que se juzgaba indudable. Los alemanes, sin embargo, lejos de activar su actitud belicosa, parecía que sacaban fuerzas de allí para llevarlas más al E., seguramente confiados en sus fuertes reservas de Bélgica, para el caso de que la situación llegara a ser crítica. En Neuve Chapelle y sus alrededores, posición que había sido reciamente disputada desde el mes de Noviembre por los dos beligerantes, hasta que al cabo quedó definitivamente en poder de los alemanes, no tenían éstos más que una brigada, que podía ser apoyada por otros tres o cuatro regimientos situados más atrás.

La ofensiva inglesa se había manifestado en enero y febrero en la región de la Bassée, a donde los alemanes tuvieron que llamar fuerzas de socorro, con cuya ayuda pudieron contener al enemigo y aun infligirle un serio revés en Givenchy. Esto, y el fracaso de la ofensiva francesa en el E., hicieron más cautos y prudentes a los ingleses, que en la segunda mitad de febrero apenas hicieron otra cosa que cañonear las líneas alemanas.

A principios de marzo, el comandante del I ejér-



cito británico Sir Haigh, supo que las tropas enemigas de Neuve Chapelle eran muy inferiores a las suyas propias y resolvió desalojarlas de sus posiciones, previa aprobación del mariscal French. Otorgada ésta, el ataque comenzó el 10 de marzo; tomaron parte en él, desde el primer momento, dos cuerpos de ejército, apoyados todavía por otro, de suerte que la desproporción numérica entre atacante y atacado llegó a la relación de seis a uno. La resistencia de los alemanes fué tan enérgica y tenaz como siempre, pero sucumbieron, pese a los refuerzos recibidos, una división, y cedieron terreno. Neuve Chapelle fué tomada por los ingleses, y los alemanes perdieron una faja de terreno de tres kilómetros de anchura por poco más de uno de profundidad. La insignificancia de este resultado no da idea de la violencia de los combates allí librados. Más de veinte mil bajas tuvieron los ingleses, perdiendo, por consiguiente, casi la sexta parte de sus fuerzas lanzadas al ataque. El I ejército salió tan castigado y maltrecho, que los nuevos cuerpos que iban desembarcando fueron enviados a Sir Haigh para que restableciera la organización y la capacidad combatiente de sus tropas. El sacrificio inmenso de sangre y de municiones no estaba en armonía con la escasa importancia del éxito obtenido, toda vez que la disposición, fuerza y figura general del frente alemán seguían siendo los mismos de antes.

Se comprende que el generalísimo de los aliados vacile antes de comprometer sus tropas en nuevas empresas, vistos los grandes sacrificios y los efímeros resultados de los esfuerzos anteriores. Ni franceses ni ingleses pueden decir ya que no han intentado romper la línea alemana. Si los segundos han sido algo más afortunados que los otros, en compensación el número de sus bajas ha sido también mayor. y como su efectivo total es bastante más reducido que el del ejército francés, queda dicho que a igualdad de pérdidas sufre más el británico.

Los alemanes han sido sometidos a la prueba, que no dejaría de preocuparles, de ser atacados a fondo por sus adversarios; la han resistido, victoriosamente en conjunto, y habrán cobrado energías para soportar una segunda, si se produce en breve. Queda por ver si cuando los alemanes se lancen al ataque general, los resultados serán tan mezquinos como los logrados por los aliados.

#### IV.—Anomalías de la campaña en el Niemen y el Narev

Poco después de la destrucción del 10.º ejército ruso en Augustov y el avance de los alemanes en todo el frente, coincidiendo con los combates de Przasniz, fué notorio que el mariscal Hindenburg había ordenado una nueva agrupación de sus fuerzas. Enseguida se supo que varios cuerpos de ejército, de seis a diez, se concentraban en la región entre el Narev y el Vístula, desde Chorzele a Plock, precisamente en el sector donde el grueso ruso venía reuniéndose trabajosamente desde los primeros días de febrero. Al mismo tiempo, un fuerte destacamento atacaba Osowiec y otro grupo contenía a los rusos, impidiéndoles que desembocaran de Grodno. Los rusos, por su parte, además de la concentración de tropas en Przasniz, intentaban una ofensiva hacia Grodno, en la dirección de Augustov, que fué conte-

nida, y se mantenían a la expectativa en todo el resto del frente.

Desde mediados de febrero hasta fin de marzo, han transcurrido cuarenta días. Cinco más fueron necesarios para que Hindenburg, después de sus victorias de Polonia, iniciara el ataque contra el 10.º ejército ruso y avanzara desde el Vístula al Niemen; pero en aquella ocasión operaba dentro de su propio territorio, tenía a su disposición las vías férreas de la Prusia oriental, y le era fácil ocultar los movimientos de sus tropas, mientras que ahora estas ventajas están a favor de los moscovitas. La disparidad de los dos casos no justifica la relativa pasividad de los alemanes desde mediados de febrero, porque si realmente los alemanes se proponían continuar su ofensiva, no podía ocultárseles que para el éxito era condición indispensable la rapidez y la sorpresa, tratándose de vencer a un ejército más fuerte en número y apoyado en una formidable línea de plazas fuertes; todo respiro que se dejara al enemigo era una probabilidad menos de vencer, y ningún general alemán desconoce que la única manera de derrotar definitivamente a los rusos consiste en completar los éxitos con una ofensiva continuada y persistente. No obstante, a juzgar por los despachos oficiales de los dos beligerantes, nada de esto acontece.

Ni el barro producido por el deshielo, con ser un obstáculo de importancia, ni el mal estado de los caminos en Rusia, ni siquiera la presencia de plazas fuertes, justifican la interrupción de las operaciones activas por parte de un general—Hindenburg—, que supo avanzar impetuosamente a través de la Polonia meridional y central, cuyas vías de comunicación había destruído a fondo su ejército pocas semanas antes, por orden suya. Los motivos han de buscarse en otro orden de ideas. En primer lugar, los rusos no han vuelto a incurrir en las torpezas anteriores: en lugar de empeñarse en penetrar de nuevo en la Prusia oriental, y prepararse ellos mismos una fosa para sus soldados, no se alejan de su línea de defensa. Las grandes concentraciones de tropas las efectúan cerca de sus mejores comunicaciones, y cuidan ya de guardar sus líneas de etapas y de operaciones, en vez de fiarlo todo a la superioridad numérica, a la fuerza material.

Con todo, la movilidad y la capacidad manio-brera de los alemanes están muchos codos por encima de las características de los rusos, de suerte que la mayor prudencia de éstos no basta para comprender la situación; tampoco cabe atribuírle al deseo de Hindenburg de romper la línea del Bobr por Osowiec, porque es punto menos que imposible que caiga esta plaza si sólo se la ataca por uno de sus frentes sin acordonar siquiera los demás, como afirman los despachos rusos. Y menos todavía se comprende que los alemanes quieran asestar un golpe contra la masa enemiga de Przasniz, para lo cual tendrían que acometerla de frente, en condiciones las más favorables para que los rusos desplieguen sus mejores cualidades combatientes.

Descartado el movimiento por el N., en el valle del Niemen, porque la incursión de los rusos contra Memel ha puesto de relieve que no hay apenas tropas alemanas en el extremo N. de la Prusia oriental, ha de inferirse que la maniobra que prepara Hindenburg tiene una finalidad desconocida.



¿Cuál será ésta? Poco se adelantaría con entregarse a cábalas e hipótesis, toda vez que los hechos darán a conocer la verdad. Es probable, sin embargo, que no sea ajena a los actuales planes de Hindenburg la situación poco envidiable de los austriacos, que luchan hace meses en los Cárpatos sin conseguir desalojar al adversario y apenas pueden contenerlo en el N. de la Bukovina. Es claro que para apoyarles no es menester que los ejércitos alemanes



Objetos de oro que los patriotas alemanes entregan al Estado, para contribuir a los gastos de la guerra. Reciben, en cambio, unos anillos con la inscripción: «Oro di por hierro, en 1915»

se trasladen allá, sino simplemente que amenacen la posición de los rusos que operan en Galizia. Esto vuelve a dar importancia a la Polonia central, de donde se ha apartado la atención hace tres meses, y si tal es el pensamiento de Hindenburg, muy útil sería que antes se rompiera la línea de comunicaciones de Varsovia con el N. del imperio. Cabe, asimismo, en lo posible, aunque no es probable, que los alemanes consideren tan quebrantado al enemigo en el frente oriental, que vayan ahora a concentrar sus esfuerzos en el otro frente, en Francia. Sea lo que fuere, es indudable, y pronto lo veremos confirmado, que Hindenburg no se duerme sobre sus laureles ni quiere ceder la iniciativa a su adversario.

#### V.—La situación el 31 de marzo

Apenas se ha registrado variación en los últimos días en los diferentes teatros de operaciones.

En el occidental, se ha iniciado el movimiento de los alemanes contra los fuertes al N. de Verdun, pero sin que hasta ahora la acción ofensiva tenga los caracteres de un verdadero ataque a la fortaleza. Ha habido algunos pequeños encuentros en el bajo Iser y en la Alsacia, limitándose la lucha en los demás puntos a duelos más o menos empeñados de artillería.

En el teatro oriental, tras la derrota de la columna rusa que entró en Memel, los alemanes, prosiguiendo su avance, se han apoderado de Tauroggen y se extienden al N. de este punto y lateralmente a él. Continúan los combates en el Niemen y el Narev, sin resultados decisivos. El silencio que hace días se guarda sobre lo que acontece en Ossovec parece deber interpretarse como indicio de que los alemanes han suspendido o van a suspender el ataque contra esta plaza.

En los Cárpatos, la acción rusa se acentúa, habiendo sido arrojados los austriacos al otro lado de la divisoria—al S. de la cordillera—en una parte del frente. Nada de particular ha ocurrido en la Galizia oriental, pero en la Bukovina vuelven los rusos a tomar la ofensiva, sin que hasta ahora hayan conseguido atravesar el Pruth.

En el Cáucaso se vuelve a combatir precisamente en los mismos puntos que fueron teatro de las resonantes victorias de los rusos, según manifestaron éstos hace tres meses, lo que demuestra la exageración de tales informes.

No se han repetido las tentativas de forzar el paso de los Dardanelos. Las escuadrillas ligeras

que se han aventurado en el estrecho, con el propósito de rastrear los torpedos fondeados, han sido fácilmente alejadas por el fuego de los turcos. Según noticias fidedignas, los desperfectos sufridos por los fuertes y baterías durante el memorable ataque último, fueron insignificantes. Continúan afluyendo a Oriente tropas de desembarco franco-inglesas; hasta el presente no han puesto su planta en las costas de Asia ni en los Dardanelos. Probable es que, si se renueva el ataque al estrecho, tomen parte concertadamente en él los barcos y el referido cuerpo expedicionario.

Un ejército alemán toma parte en los combates que se libran en los Cárpatos. Ocupa aproximadamente el centro de la línea austriaca, desde primeros de marzo.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

1.º abril 1915.